

MARINA TERRAGNI

Hay política en el Caprabo

Me gustaría empezar contando primero algo que me ha alegrado y, después, algo que me ha hecho enfadar un poco. Lo primero es que, paseando por Barcelona, he entrado en la catedral y he visto una imagen de la Virgen de la Alegría; esto me ha encantado, porque siempre había visto sobre todo las tristes, como la de los Dolores. Lo que me ha hecho enfadar un poco es esto: Probablemente conoceréis *Via Dogana*, la revista de la Librería de mujeres de Milán. En el último número, Liliana Rampello y yo dialogamos sobre todo este asunto de las chicas de Silvio Berlusconi, al que llaman Papi, historia sobre la que quizá sabréis algo. No sé cómo, pero al final acabamos debatiendo sobre belleza y, en concreto, sobre el hecho de que la conservación y la propagación de la belleza deberían estar en el centro de una idea femenina de la economía.

La redactora que se encarga del número lee el texto y luego me llama y me dice: «¿Podemos añadir que este trabajo sobre la belleza es precisamente el que están haciendo las mujeres de las *Città Vicine*?» que es una asociación con la que estamos vinculadas. Yo digo: «Sí, añadámoslo». Pero me enfado, y os cuento por qué. El caso es que yo aprecio mucho el trabajo que hacen estas amigas, pero no puedo decir que sea muy conocido en mi país. Es cierto que la calidad de un trabajo y un pensamiento no se demuestra necesariamente con su éxito y su difusión, pero también es cierto que no deberíamos encariñarnos demasiado con los fracasos. Todas las energías que despliegan las *Città Vicine* no están llegando a un círculo

más amplio, les cuesta convertirse en lengua corriente, y en mi opinión eso significa que algo no funciona. Si algo tiene piernas para moverse, va y camina. De lo contrario, hay que hacer como las gatas con los gatitos que han salido mal: dejarlos ir y gastar las propias energías en otra cosa.

No quiero decir en absoluto que las *Città Vicine* sean un gatito ciego, aprecio mucho a estas amigas y les estoy agradecida por su trabajo y su pasión política. No era mas que un ejemplo. Solo quiero decir, y también se lo he dicho a ellas, que yo lucho contra la tendencia de muchas mujeres a conformarse con horizontes pequeños. La política debe tener como horizonte la polis. Hay momentos en los que es justo que el pensamiento goce de la penumbra que precisa, en los que las palabras necesitan silencio, cuidado y escucha, como dice vuestra y nuestra María Zambrano: pero ahora, en mi opinión, es hora de ponerlo a prueba.

Tal vez sea un problema que también tenéis aquí: un pensamiento que puede alcanzar alturas vertiginosas, pero que no se decide a caminar por la calle. Yo no echo la culpa al pensamiento y, en concreto, no echo las culpas al pensamiento de la diferencia, que en mí y en todas nosotras ha producido cambios extraordinarios, y que, por tanto, promete producirlos en la polis y en el mundo. Creo que el problema está en muchas de nosotras, que ese pensamiento lo pensamos y lo practicamos, pero luego creemos también que el mundo de ahí fuera es demasiado amenazador, demasiado poco acogedor, y nos acomodamos en nuestra claustrofilia, y ese pensamiento lo practicamos únicamente en el espacio cerrado de nuestros lugares protegidos. La polis es grande y es ahí donde deberíamos querer caminar, aunque ciertamente se parezca tan poco a nosotras. Pero demasiadas dudan a la hora de poner a la prueba de los hechos en el espacio público, empezando por el mundo del trabajo, todo el gran saber y las grandes competencias que han acumulado. Hay que hacerlo, sin embargo, tan pronto como se den las condiciones mínimas, de modo que debemos estar preparadas y saber valorar con rapidez si se dan esas condiciones mínimas. Por ejemplo, hace un par de semanas me invitaron a un importante programa de la televisión nacional, visto por millones de personas, y esa podía ser una buena ocasión, pero de lo que querían hablar era del nuevo amor de George

Clooney: así que, no, ahí no se daban las condiciones mínimas. Tampoco en el congreso de los diputados, por nombrar otro espacio público, se dan las condiciones mínimas. Pero ahí fuera, en el mundo, se presentan ocasiones todos los días, también grandes ocasiones, y no hay que tener miedo.

Lo entiendo, porque ese miedo también lo siento yo. Es la sensación de encontrarse frente a un muro infranqueable, la polis tal y como es, aunque a nosotras nos gustaría ver lo que hay fuera de los muros, porque tenemos la certeza de que, ahí fuera, hay algo real que palpita. Que hay otra cosa, y que es preciso ayudarla a ser. ¿Dónde están los pasajes que nos pueden llevar de esa irrealidad que hoy es la ciudad de los hombres, y en la que incluso ellos viven mal, a la realidad que hay fuera y que sabemos que existe y sentimos que ya conocemos? ¿Por dónde pasar? La situación en nuestro país no es demasiado buena, como sabéis. No estamos en un régimen, como les gusta decir a los antiberlusconianos militantes, y debéis saber que el antiberlusconismo ha tomado hoy el lugar que la izquierda ha dejado vacío. Aquí conocisteis un régimen, nosotros no estamos en un régimen dictatorial, sino en la parodia de un régimen dictatorial. Nuestro presidente Papi es la parodia de un populista, pero también la oposición es la parodia de la oposición. En definitiva, nuestra democracia es la parodia de la democracia. Paradójicamente, eso nos coloca en una situación ventajosa, pues respecto a esa democracia ya no es posible engañarse. Incluso ese deseo sexual que ocupa todos los días las páginas de nuestros periódicos es un deseo paródico, que necesita Viagra. Nuestra democracia es vieja y sin Viagra no puede salir adelante. La señora Veronica Berlusconi dijo que su marido «no está bien», pero él no es el único que no está bien. Es la agonía de algo, es la reposición de una obra teatral que a duras penas sale adelante; en las últimas semanas se ha dado esa grandísima novedad del llamado gran centro, y es increíble, son cuatro actores masculinos que hace más o menos treinta años que están sobre el escenario, siguen siendo ellos, que de la izquierda se desplazan a la derecha y ahora al centro... La interpretación ha tomado definitivamente el lugar de la representación. Y mientras tanto nosotras vivimos, y viviendo hacemos política, amamos y hacemos la polis.

Yo no entiendo por qué las mujeres están tan encariñadas con la democracia. La democracia siempre ha prescindido de ellas. Es más, como dice Habermas, fue diseñada precisamente para excluirlas. Y las mujeres siempre han prescindido de la democracia, lo que han hecho que ocurra en el mundo —y es una parte destacada de las cosas que han ocurrido durante el último siglo— han hecho que ocurra a pesar de la democracia, y a menudo también contra la democracia: el trabajo, los hijos, las relaciones arrancadas del contexto. La democracia no nos había previsto, y es evidente porque nuestra inclusión le ha hecho mucho daño, la ha puesto en grandes dificultades, aunque sea poco frecuente que se analice la crisis de la democracia a partir de este hecho, de la entrada de las mujeres en el espacio público.

Y, aun así, las mujeres se muestran bastante encariñadas con la democracia. Hay lucha entre las mujeres y en cada mujer en singular, creo yo, entre lo que queda de la ilusión participativa y emancipatoria, y la plena consciencia de la propia diferencia. Un signo importante de esa consciencia podría ser la práctica de una ajenidad activa y declarada del modelo democrático. Pero declararnos extrademocráticas es el último tabú. Cuando hablo de política, el gran esfuerzo que debo hacer es el de dejar de pensar en lucha, según lo simbólico masculino, en una guerra con tropas, heridos y saqueos, en ese simbólico militar de la política. La lucha, si es que hay una, debemos lucharla más en nosotras que contra alguien. Debemos hacernos campo de batalla, como dice Etty Hillesum. Se trata de luchar dentro de nosotras para liberarnos del simbólico malo, y para saber encontrar algo que presiona por nacer donde en apariencia solo hay repetición e indiferencia. La democracia y sus mecanismos hoy probablemente pertenezcan a ese simbólico malo. Hay que estar muy atentas para no ceder a la fuerza del simbólico masculino, porque incluso la crítica de la política, incluso la llamada antipolítica, nunca consigue menoscabarlo. Lo deja vivo.

Una ciudadanía bisexuada pide necesariamente un espacio público muy distinto del que conocemos, que está modelado sobre el cuerpo masculino. Y para empezar, porque creo que hoy el ámbito del trabajo es el más político para las mujeres, hablo de una nueva organización del trabajo, de

una revolución de la idea de trabajo, distinta del estado del bienestar y la lucha por tener más guarderías, distinta de todos los parches que nos proponen para que consigamos conciliar producción y reproducción. Y hablo también de un nuevo simbólico político. El caso es que nuestra reflexión es rompedora, y nosotras tenemos miedo de hacer daño porque tenemos miedo de perder las relaciones. Hay un libro de dos sociólogas estadounidenses que analiza el hecho de que las mujeres no saben negociar su salario, mientras que por ejemplo son buenísimas a la hora de hacer las negociaciones para otras y para otros. La conclusión a la que llegan es que lo que las frena es el miedo a perder el amor de su interlocutor, el miedo de ponerle en dificultades y de ser juzgadas negativamente y detestadas por él. Y entonces, para no hacer daño, sabiendo que la práctica política de la diferencia —que quiere decir sencillamente tener siempre presente que somos libres porque somos mujeres y no a pesar de ello— puede ser una práctica rompedora, nos encerramos en nuestro pequeño espacio, nos volvemos claustrofílicas. Una vez una sindicalista me dijo: «Yo sé muy bien lo que debería decir y hacer en mi comité de dirección, pero tengo miedo de romperlo todo». Mientras decimos y hacemos entre nosotras, en nuestros contextos protegidos, todo va bien, pero fuera no nos sentimos con ánimos. Fuera caminamos travestidas, y entre los disfraces que hoy más se llevan pondría el vestido de emancipada, el de víctima y el de la sensatez femenina. Si miráis la televisión —que no debe menospreciarse en absoluto, incluso en sus producciones más populares, pues no solo es una interesante representación del espacio público, sino que es espacio público por sí misma—, veréis que los personajes a disposición de las mujeres son a grandes rasgos los que decía: emancipada o mujer de carrera, víctima, o bien señora sensata, que es una posible máscara de la madre. Luego nosotras en Italia también tenemos la posibilidad, dentro de ciertos límites de edad, de bailar en bragas en televisión, tal vez vosotras no tanto: y, en todo caso, esta posibilidad yo la situo en la categoría de las emancipadas. Pero el discurso sobre esta cuestión sería demasiado largo, nos dejaría sin tiempo, de modo que baste con que despidamos desde aquí a las chicas emancipadas semidesnudas. Y veamos las tres categorías a las que me refería: de las emancipadas hemos hablado incluso demasiado, hace años que lo hacemos, así que también las despido a ellas. Veamos

entonces a las víctimas. Dejando de lado la violencia sexual, hablemos del hecho de que, en la perspectiva de la crisis que se avecinaba se empezó a decir que las mujeres serían las que más la pagarían en términos de puestos de trabajo. De modo que todas nos pusimos en la posición de víctimas predestinadas. Pues bien, ha sucedido exactamente lo contrario. En Italia, por lo menos, se han perdido más empleos masculinos que femeninos, y hay más oportunidades para las mujeres que para los hombres. Yo tengo un hijo y estoy muy preocupada por él. Sabréis también de la portada de *Newsweek* que atribuye a las mujeres una función salvadora en la economía. Y, sin embargo, se continúa llorando; en Italia hay un movimiento victimista al que siempre acuden los periódicos y que se llama «Salgamos del silencio»; decidme vosotras dónde está ese silencio, hoy hablan todas, ni siquiera las esposas traicionadas ni las amantes de los políticos cierran el pico. ¿Dónde está, entonces, ese silencio? ¿Qué es este victimismo? Yo creo que tiene una función mimética, como les ocurre a algunos animales que adquieren el color del ambiente para que no los cacen y pasar inadvertidos. Sabréis que, según una sugerente interpretación etimológica, *víctima* deriva del latín *vigere*, ‘ser fuerte’, a partir de la misma raíz que *vigor*. ¿Es eso lo que se pretende ocultar al asumir la postura de la víctima, la propia fuerza? ¿Por eso sentimos siempre la tentación de lloriquear?

Veamos ahora el tercer disfraz, el de la mujer sensata: fiable, responsable, capaz de encontrar las mediaciones, cualidades todas que nosotras mismas nos reconocemos. Todos quieren confiar el mundo a la sensatez femenina, para que lo consuele y lo salve de los líos en los que se ha metido, y muchas mujeres aceptan cargar con ese peso sobre sus espaldas, el de llevar el mundo hacia un futuro mejor, hacia un sistema financiero responsable, etcétera, etcétera. Pero en este punto yo —y estoy segura de que también muchas de vosotras— estoy hasta las narices tanto del victimismo como de la sensatez. Yo quiero estar libremente en el mundo como mujer, significando mi diferencia. Y de igual modo que no he querido ser una emancipada, no quiero interpretar el personaje de la víctima, pero tampoco el de la señora de sentido común, con todo el respeto que tengo por el sentido común.

Creo que hoy para hacer política, para hacer la polis bisexuada, ha llegado el momento de romper filas. Ha llegado el momento de jugar en todo el campo. Nosotras no jugamos nunca, yo en cambio tengo muchas ganas de jugar y me fío de mi instinto. El hecho de que nosotras no juguemos nunca debe de ser la razón por la que los hombres en cambio jueguen tanto, incluso cuando no deberían hacerlo, como han jugado en Wall Street, ocupando también nuestro espacio lúdico y político con sus juegos. Las mujeres dejamos de jugar más o menos de la primera menstruación en adelante, y si acaso nos concedemos la posibilidad de volver a jugar cuando somos mayores: conozco a muchas viudas juguetonas. El juego es lo que más falta en nuestra vida, e incluso cuando nos permitimos jugar, jugamos diligentemente a los aburridísimos juegos de los hombres.

Busco también el sentido oculto de esta palabra, *juego*, y encuentro la raíz *jak*, ‘arrojar’, ‘tirar’. Me hace pensar en un impulso, en el juego de lanzar la pelota más allá de la pared, en franquearla, en alcanzar ese otro lugar que sabemos que existe, y que está justo ahí detrás, y que echamos de menos, porque en realidad ya lo conocemos. Me viene a la cabeza un bonito sueño recurrente que tengo: camino por una fea calle de ciudad y justo al doblar la esquina veo un jardín magnífico. Es un jardín que ya había visto, un lugar maravilloso que creía haber perdido para siempre, pero estaba ahí, justo al volver la esquina ¡al alcance de mis pasos! ¿Hay alguna psicoanalista en la sala? Y me acuerdo de esa vez que fui a un parque urbano para ver el cometa Hale-Bopp, hace unos quince años: ¿os acordáis de ese maravilloso cometa con una cola que parecía la de un vestido de novia? Busqué y busqué, y nada; luego volví a casa y antes de entrar alcé los ojos y ahí estaba el cometa ¡justo encima de mi casa! Recuerdo la alegría que sentí: el cometa formaba parte de mi casa, la felicidad formaba parte de mi vida, el otro lugar estaba aquí, al alcance de la mano.

Cuando se habla de las mujeres que salvarán el mundo de la crisis, cuya seriedad y responsabilidad serán el antídoto necesario contra el riesgo masculino, me muero de rabia. Yo deseo practicar mi riesgo, no encauzar el de los hombres. Quiero saber cómo es y adónde quiere llevarme. Quiero jugar y delirar, en el sentido de salir del camino ya trazado para encontrar mi

calle, mi ciudad, mi jardín, mi cometa. Así, jugando, saliendo del camino, es como quiero volver a casa. Saliendo del camino podemos encontrar nuestra casa y hacer verdadera práctica de la realidad.

Vivimos en la irrealidad, la realidad la llevamos dentro, la tenemos en algún lugar de casa, tal vez en el armario de la cocina. Hemos estado encerradas demasiado tiempo como para no haber acumulado realidad dentro de nosotras. Se trata de tener mucha confianza. Por poner un ejemplo: en ocasiones hago demenciales giros mentales, hasta el delirio, y al final me parece que he ganado algo. Luego voy a hacer la compra en el supermercado, resplandeciente de lo que me parece haber descubierto, y ahí me encuentro con una mujer que hace la compra o con una cajera, con la que pongo a prueba mi ganancia simbólica hablando de este o aquel acontecimiento y dándole un signo distinto del habitual. Y ella, tan contenta, me dice: «Ya». Como si dijera: siempre lo he sabido, tú lo has sabido decir, tú has descubierto o nombrado lo que ya existía, y quién sabe desde cuándo. Algo que no es nuevo. No debemos apegarnos demasiado a esta idea de lo nuevo. Esperaba únicamente ser dicho. Me ha ocurrido tantas veces: las mujeres me dicen que ya lo sabían, que era justamente lo que creían, aunque no supieran cómo decirlo. Yo sencillamente he sabido decirlo, y ellas me están agradecidas por ello. Me ocurre a veces con algunas cosas que escribo o que digo: un gran agradecimiento por haber dado existencia simbólica a algo que ya estaba presente en todas.

Tener confianza en el hecho de que ya existe un nivel más amplio que compartimos puede mitigar el miedo y ayudarnos a salir de nuestra claustrofobia. Si es cierto, como ha afirmado Annarosa Buttarelli, que un riesgo simbólico se presenta necesariamente como delirio, el consuelo se encuentra en la sorpresa de constatar que en ese delirio se agita algo que ya existía y solo esperaba salir a la luz. Citando a Andréi Siniavsky, Iris Murdoch habla del arte como «de aquello que dice la verdad por medio del absurdo y que conduce a la sencillez». Pues bien, tal vez pensar hoy en las formas del arte nos pueda ser muy útil para pensar en nuestra política y en su sencillez. A mí me parece que buena parte de nuestros «delirios» coinciden y se parecen mucho a una sensatez que corre subterráneamente, y que no es la

«sensatez» de la que hablaba antes, sino más bien un sentido de la realidad que la orienta hacia el bien, contra la falta de sentido que se petrifica en lo que llamamos realidad, y que nos oprime. Hay que tener confianza en esa sencillez. Si escucháis los discursos de las mujeres en el supermercado o en la playa, cuando pasan un poco de tiempo entre ellas, entenderéis a lo que me refiero. Es decir, me ocurre a menudo que encuentro con la máxima felicidad muchas correspondencias entre lo que he pensado vertiginosamente y lo que ellas sencillamente viven y que también vivo yo.

En conclusión: divirtámonos —es decir, tomemos otra dirección, no dejemos que nos encuentren donde el mundo espera encontrarnos, por ejemplo en el lugar de la víctima o de la santa que salvará la economía mundial—. Divirtámonos y por ello seamos diversas: son sinónimos. Divirtámonos y por eso mismo practiquemos inmediatamente nuestra diferencia. Eso es político. Démonos más ocasiones para disfrutar de nosotras mismas, bailemos, juguemos a nuestros juegos, practiquemos la belleza, y también la embriaguez, porque en el arrebato lo que nos asalta y nos llena no es sino el libre sentido de nosotras mismas. Y en el libre sentido de nosotras mismas está ya el mundo que quisiéramos ver en el mundo, sin solución de continuidad entre el interior y el exterior.

Yo me encuentro simultáneamente a mí misma y al mundo en el juego y también en el silencio, en la máxima extroversión y la máxima introversión, que para mí es la meditación en todas sus formas, desde la escritura, pasando por el yoga, hasta la cocina. Encuentro el mundo cuando estoy en silencio y miro dentro de mí, y me encuentro a mí cuando voy jugando en busca del mundo.

Lo que falta es un pasadizo de confianza en que eso es política, falta que nos tomemos en serio, pero si lo pensáis bien nosotras el mundo siempre lo hemos traído al mundo de este modo, sin tener que pasar a través de la ficción de la política segunda, que, como decía al principio, hoy es más ficticia e irreal que nunca.

Se puede decir también con las palabras de dos seres humanos muy

distintos, un santo, Ambrosio, el patrón de Milán, mi ciudad, quien dice: «Vosotros pensáis que los tiempos son malos, que los tiempos son duros, que los tiempos son difíciles. Vivid bien y transformaréis los tiempos». Y con las palabras de una mujer que santa no es, sino solo teóloga, Mary Daly, según la cual: «nuestros actos políticos son metamórficos, por lo que no pueden ser descritos adecuadamente con expresiones como “luchar por la justicia”». Daly llama «campos morfogenéticos» a los campos de energía en los que tú haces que sea ya lo que quieres que sea, los que «hacen salir de nuestro presente nuestro ser en devenir». Sacas de la irrealidad lo que quieres que llegue a ser real y, a fuerza de hacerlo ser, es.

(Traducido del italiano por Agnès González Dalmau y María-Milagros Rivera Garretas)

Fecha de recepción del artículo: 23 de noviembre de 2009. Fecha de aceptación: 20 de diciembre de 2009

Palabras clave: Política — Supermercado — Ciudad bisexuada — Política de lo simbólico.

Key words: Politics — Supermarket — Bisexual city — Politics of the Symbolic.